Marcos Alonso

# PLATÓN CONTRA LAS MÁQUINAS

## LA TECNOLOGÍA Y SUS ENEMIGOS, DESDE LA ESCRITURA HASTA LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Alianza Editorial

Primera edición: enero de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Marcos Alonso Fernández, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21; 28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-129-3
Depósito Legal: M. 19.857-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

*A Elizabeth,*
*motor, energía y piedra angular de mi vida.*

«Tú lo menospreciarás a él y a su arte,
y a modo de injuria lo llamarás mecánico.»
Platón

«Con razón ha sido la máquina considerada diabólica.»
Oswald Spengler

«Solo un dios puede salvarnos.»
Martin Heidegger

«La tecnología es nuestro nuevo dios.»
Neil Postman

«El antimaquinismo es pura fraseología y beatería.»
José Ortega y Gasset

«Y hay Platón y Virgilio dentro de las máquinas
y de las luces eléctricas.»
Álvaro de Campos (Fernando Pessoa)

# ÍNDICE

Breve presentación del autor, por Javier Echeverría ..... 15

Para comenzar: sobre la «naturaleza» y otros artificios

Perplejidades y prejuicios..... 19
Bienvenidos al «vergel de lo artificial»..... 21
Yogures naturales y diamantes sintéticos..... 24
Fronteras evanescentes..... 27
*Aquí hay dragones*. Advertencias preliminares..... 30
Estructura y organización del ensayo..... 34

PARTE I: Historia de la histeria antitecnológica

1. El mito de la técnica y la técnica en los mitos

El mito como domesticación de la realidad ..... 41
Prometeo, la técnica como desafío y salvación ..... 45
Pandora, fascinación y terror ante lo artificial..... 50
Dédalo, el laberinto aporético de la tecnología ..... 53

2. Grecia más allá del espejismo platónico

Grecia y la técnica, un engaño milenario ..... 57

La escritura alfabética y su transformación tecnológica ..... 63
El dinero, la técnica desconocida ..... 67
La constitución orgánico-técnica de la *physis* ..... 72
Platón I. La realidad como simulacro ..... 76
Platón II. El mito antitecnológico fundamental: «solo un dios puede salvarnos» ..... 79
Platón III. La filosofía como tecnofobia ..... 87

3. De naturalezas sagradas y mecanismos sacrílegos

La desintegración de la medicina hipocrática ..... 97
Sagrado y creado, la ambigüedad cristiana respecto de la técnica .. 100
La alquimia, el arte de lo imposible ..... 102
Galileo, la inercia frente a la «naturaleza» ..... 105
Descartes, el ingeniero radical ..... 107
La imprenta como nueva tecnomatriz escritural repotenciada ..... 112
El triunfo moderno de la técnica ..... 115
La refundación antitecnológica del idealismo alemán ..... 117
La monofonía neoludita ..... 123
Unabomber, un caso de insólita coherencia tecnofóbica ..... 125
Artefactofobia, política y violencia ..... 127

PARTE II: Resurrección e insurrección de las máquinas

4. La revolución biotecnológica, cataclismo de la dicotomía «natural-artificial»

El radical mecanicismo de la biología darwinista ..... 141
El desafiante y nuevo mundo de la biotecnología ..... 148
La genética y otras *aberraciones* ..... 151
¿Qué pensarán nuestros hijos? ..... 158
El mejoramiento humano, o cuando lo «natural» no es suficiente... 162

5. La maravillosa maquinaria biológica frente a la incomprensión culturalista y transhumanista

La cultura, el último clavo ardiendo ..... 169
«Genes versus cultura», el retorno de la dicotomía «natural-artificial» ..... 173
Simplificaciones aparte: el reconocimiento de nuestra maravillosa maquinaria biológica ..... 179
La ingenuidad transhumanista como prejuicio a favor de lo artificial ..... 186

Superinteligencia y singularidad ..... 189
El rechazo transhumanista del cuerpo..... 192

6. Algoritmos, computadoras y la ilusión de la «inteligencia artificial»

La era de la computación ..... 199
El algoritmo como mecanicismo destilado..... 201
Turing y la concepción de las «máquinas universales» ..... 206
Turing y la creación de las «máquinas universales»..... 211
Von Neumann, entre bombas y computadores ..... 214
Dartmouth, el controvertido nacimiento de la IA y la prematura muerte de la cibernética ..... 217
El éxito del paradigma conexionista, del «perceptrón» al *deep learning* ..... 223
El modelo biológico y el modelo artefactual, reflejos especulares... 227
La salvífica imbricación entre tecnologías computacionales y biotecnologías ..... 232
El juego, campo de pruebas de la computación ..... 238
*AlphaGo* y *AlphaZero*, lecciones y enseñanzas..... 243
Jugando a la ruleta en Montecarlo ..... 246

7. Máquinas como nosotros

En los albores de la invasión robot ..... 251
El advenimiento de las máquinas parlantes..... 255
ChatGPT, *totus in verba* ..... 258
La paradoja de la imitación ..... 263
¿Eres un robot?..... 270
El inescapable antropomorfismo ..... 272
Los robots, cuerpo y circunstancia..... 276
Qué puede un robot..... 279
Explicando lo inexplicable..... 284
Robots entre nosotros..... 287

8. Mientras llega el apocalipsis

Nuestra era apocalíptica ..... 295
Perdición..... 297
Salvación..... 301
Casandra y sus imitadores ..... 304
Nubes tóxicas: el impacto medioambiental de las tecnologías computacionales..... 309

El insaciable monstruo devorador de datos: privacidad, sesgos, vigilancia ..... 312
Un virus letal para la salud mental ..... 315
El eclipse de la amistad ..... 318
El retorno de Homero: en exclusiva, en *YouTube* ..... 320
Otra vez a vueltas con la educación tecnificada ..... 322
Cataclismo y reconfiguración laboral ..... 324
Desestabilización económica y máquinas «tragaperras» ..... 328
Tecnopoder, tecnoguerra y la esperanza de Tecnópolis ..... 329
Poniendo vallas a la «nube» ..... 332

Para concluir: una defensa de la caverna ..... 337

Coda: Meditaciones orteguianas sobre lo artificial y lo natural, por Javier Echeverría ..... 345

Epílogo: Metamorfosis artificial, por Andrés Ortega ..... 351

Bibliografía ..... 361

Agradecimientos ..... 378

# BREVE PRESENTACIÓN DEL AUTOR

La editorial del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) me pidió en 2018 que evaluara un manuscrito titulado *Ortega y la técnica,* con vistas a su posible publicación como libro. Recibí un texto sin nombre de autor, como es habitual en los procesos de evaluación académica. No suelo aceptar ese tipo de tareas, salvo que el tema me interese mucho. Como la concepción orteguiana de la técnica me atrajo desde que leí la *Meditación de la técnica*, que Ortega publicó en 1939 en Buenos Aires, cuando ya se había exiliado de España a causa de la Guerra Civil, ojeé someramente las primeras páginas del texto recibido. Lo que allí aparecía me gustó desde el principio. Acepté el encargo y leí la obra a fondo. Fue un placer. Fuera quien fuese, el autor anónimo era claro, preciso y original. Además, conocía a fondo el pensamiento de Ortega y Gasset. Emití un informe plenamente favorable y retorné a mis tareas, incluidas mis investigaciones en el archivo y biblioteca de la Fundación Ortega-Marañón, donde suelo consultar libros y transcribir documentos inéditos.

En aquella época me ocupaba de los manuscritos de Ortega sobre la Estimativa, es decir, sobre su filosofía de los valores. No me considero orteguiano, pero su perspectivismo, su axiología y su filosofía de la técnica siempre me han parecido decisivas, y no sólo en relación a su tiempo, la primera mitad del siglo xx, sino también ahora, en este se-

gundo cuarto del siglo XXI. Ortega es un autor que va a más conforme pasan los años, algo que sólo les ocurre a los clásicos. Pues bien, cuando la editorial Plaza y Valdés me anunció en 2021 que iba a editar en colaboración con el CSIC un libro de un tal Marcos Alonso con el título *Ortega y la técnica,* me alegré. Habían pasado casi tres años, pero mi evaluación favorable del texto anónimo había surtido efecto positivo, algo que no siempre ocurre.

Entenderán ustedes, lectores de este segundo libro de Alonso, que habiendo conocido por fin el nombre del autor del libro, quisiera a continuación conocer a la persona misma. Pues bien, Jaime de Salas, entonces director del Centro de Estudios Orteguianos, me ofreció una buena oportunidad para ello, porque me invitó a ser uno de los presentadores del libro en la propia Fundación Ortega-Marañón. Ese acto tuvo lugar el 19 de septiembre de 2022. No voy a relatarlo, aunque merecería la pena aportar varios detalles de lo que allí se habló, que fue muy interesante. Lamentablemente, no dispongo de espacio para ello. Resumiré diciendo que quienes intervinimos aquella tarde, y el público que había en la sala, tuvimos claro que estábamos participando en un acto importante, en el que estaba produciéndose una innovación. A ese tipo de innovaciones sociales y públicas cabe llamarlas acontecimientos: algo que no había sucedido antes, que es valioso a juicio de muchos y que tendrá consecuencias futuras. Aportan hitos a la historia, en este caso a la historia de la filosofía en España. Fue un acontecimiento social y cultural, porque se presentó públicamente una innovación filosófica de alcance, a saber: el libro *Ortega y la técnica*. La mayoría de quienes estuvimos allí tuvimos claro que esa obra influiría mucho en el desarrollo de los estudios orteguianos en España. Pocas veces se producen innovaciones filosóficas, lo normal es repetir y matizar lo ya sabido. Conclusión: Marcos Alonso se reveló aquella tarde como un filósofo innovador, no sólo académicamente competente. Lo que dijo en el acto, en respuesta a lo que otros habíamos comentado previamente, fue decisivo para que su libro se convirtiera, allí mismo, en una obra disruptiva. La episteme académica había generado opiniones confluyentes y el público había asentido con entusiasmo. Hubo euforia filosófica al salir de la FOM, cosa rarísima de ver.

Todo esto que relato es coherente con la propuesta orteguiana de una razón histórica. Hay innovaciones a lo largo de la historia que, a

gran o a pequeña escala, aportan acontecimientos. Eso es lo que ocurrió en el acto de presentación del primer libro de Marcos Alonso.

Por mi parte, por fin tuve la oportunidad de conocer personalmente al autor de aquella obra, cuya lectura está cambiando radicalmente las interpretaciones tradicionales sobre la filosofía orteguiana de la técnica, según pronostiqué entonces y sigo afirmando. Aquella noche, al volver a casa, tuve la intuición clara de que había estrechado la mano de un futuro gran pensador, que generará filosofía creativa, como lo había hecho un siglo antes su gran maestro en el arte de los conceptos: don José Ortega y Gasset. De las innovaciones filosóficas orteguianas que Alonso aportó en esa obra hablaré más adelante, al final de este segundo libro suyo. Por de pronto, quiero dejar constancia de que Marcos Alonso y yo decidimos allí mismo colaborar activamente a partir de entonces. Ese fue nuestro primer encuentro personal, y supuso un acontecimiento para ambos. En eso estamos: sigamos innovando.

Este segundo libro resulta en parte de esa colaboración, a la que luego se sumó con entusiasmo Andrés Ortega Klein, a cuyo cargo está el epílogo al presente libro, *Platón contra las máquinas,* en el que Alonso aporta propuestas nuevas muy importantes, y también polémicas. Estoy presentando al autor y nada diré sobre el libro: que los lectores se sumerjan en la filosofía del siglo XXI y disfruten de ella. Pero quiero dejar constancia de que me parece admirable el recorrido histórico que hace Alonso por la oposición natural/artificial, empezando por la condena platónica de muchas técnicas y artes, e incluso de las artes de la escritura, pasando por Kant y Heidegger y terminando con los actuales debates sobre la inteligencia artificial. Hay apartados sorprendentes, como el que dedica a Unabomber, o las reflexiones críticas y ponderadas sobre el transhumanismo, cuestión que Alonso conoce muy bien: no en vano ha traducido el libro *Superinteligencia,* de Nick Bostrom.

Un único consejo para la lectura: tengan ustedes en cuenta que, aunque suela hablarse de «lenguas naturales», *todos los lenguajes humanos son artificiales*. Y las matemáticas, más que ninguno.

Javier Echeverría

# PARA COMENZAR

*Sobre la «naturaleza» y otros artificios*

## Perplejidades y prejuicios

Nos sentimos desconcertados ante lo artificial. Puede que siempre haya sido así y que los primeros artificios ya causaran sorpresa e inquietud a partes iguales. Pero es obvio que las nuevas tecnologías han elevado nuestra perplejidad a un nuevo nivel. Durante siglos nos hemos referido a lo artificial como aquello opuesto a lo natural, como aquello que precisamente se definía por *no ser natural.* Sin embargo, nuestra intensa y creciente convivencia con todo tipo de artefactos ha resultado en que ese mundo artificial se haya convertido en nuestra circunstancia más íntima y familiar. Lo que Ortega y Gasset llamaba «sobrenaturaleza», esa segunda naturaleza que se superpone a la primera, es para nosotros una nueva e imperceptible piel. Para buena parte de los humanos que hoy habitan la tierra, levantarse de la cama y tomarse un café parece de lo más *natural*. La casa, la cama, las sábanas, el pijama, el despertador, el baño por el que no podemos evitar pasar, la taza, el café molido y otros tantos artefactos cotidianos han dejado de experimentarse como algo extraño, como algo producido, como algo que no siempre estuvo ahí.

Cuando nos lavamos la cara, olemos el café y superamos la modorra inicial tras despertarnos, entramos de lleno en un mundo saturado por lo artificial, en una realidad colmada de artilugios, grandes y pequeños,

por los que transcurre cada segundo de nuestra existencia. Algunos aparatos siguen haciéndose notar, como el estridente despertador, el mando a distancia que nunca encontramos o la impresora que se niega a funcionar en el momento más inoportuno. Pero la mayoría de artefactos que inundan nuestras vidas nos pasan totalmente desapercibidos. Tan natural ha llegado a ser su uso que olvidamos la artificialidad de nuestras creaciones y nos cuesta percatarnos de la condición artefactual de nuestras camisetas, gafas, magdalenas o aceras. No obstante, no deja de ser cierto que, si salimos de casa sin nuestro todopoderoso *smartphone*, nos sentimos menguados, inermes, impotentes[1]. Como nos da a entender nuestro maravilloso idioma, no somos nada sin nuestros *enseres*.

Al cumplir el primer cuarto del siglo XXI, entre todas estas técnicas y tecnologías que componen el interminable tapiz de nuestra «sobrenaturaleza», destaca una que, según nos dicen, va a cambiar el mundo: la *inteligencia artificial*. Pensadores de todo tipo se han lanzado de cabeza a explicar este nuevo fenómeno tecnológico, exponiendo su potencial, así como sus peligros. Entre estas reflexiones, un tema recurrente ha sido el cuestionamiento de si la inteligencia artificial es realmente inteligente. Mas, al proceder de este modo, la pregunta decisiva podría haber quedado a nuestra espalda. Como sabemos, aquello que nadie cuestiona, aquello sobre lo que nadie duda, acaba conformando las *creencias* de una determinada época. En este caso, la pregunta que pocos se hacen es si la inteligencia artificial es realmente *artificial*. Más fundamentalmente: ¿qué puede significar hoy el desgastado concepto de lo «artificial»? ¿Qué sentido tiene seguir hablando de lo «natural»? ¿Qué consecuencias tiene empeñarnos en seguir utilizando estos conceptos desfasados? Una y otra vez, como peces escurridizos y traviesos, las nuevas realidades tecnológicas se nos escapan entre las raídas redes de la dicotomía «natural-artificial». Nos lanzamos a perseguir y criticar esas tecnologías esquivas, preguntándonos cómo pueden ser tan inaprensibles, sin reparar en que es nuestro entramado conceptual el que nos está fallando.

En este ensayo me propongo responder a estas y otras cuestiones relacionadas. Para ello, será crucial repensar lo «artificial» y lo «natu-

[1] Una reflexión pionera, en lengua española, sobre el impacto de la robótica en sentido amplio puede encontrarse en Andrés Ortega Klein, *La imparable marcha de los robots*. Madrid: Alianza Editorial, 2016.

ral», recorrer la historia de sus modulaciones, de sus interpretaciones y reinterpretaciones hasta nuestros días. Solo así podremos contemplar las antiguas y nuevas tecnologías bajo una nueva luz, dejando de lado viejos y recientes prejuicios. Comenzaba diciendo que la noción de lo «artificial» se nos aparece como algo desconcertante y difícil de comprender. Podríamos incluso decir que la categoría de lo artificial se nos aparece como un *artificio*, como algo *artificioso*. Un juego de palabras, quizás, pero también un primer fogonazo de comprensión, una primera entrevisión de uno de los problemas centrales de este trabajo. Planteémoslo también como pregunta: ¿por qué el concepto de lo artificial tiene esta connotación negativa? ¿Por qué artificioso, artificio, artificial han llegado a ser sinónimos de falso, ficticio, engañoso?

El primer paso para responder consiste en constatar la perplejidad que nos producen estas preguntas. El segundo, reconocer que estamos ante un prejuicio, el prejuicio más hondo y persistente de nuestra tradición, el prejuicio que *conforma* nuestra tradición: *el prejuicio contra lo artificial*. Para hacernos cargo de este prejuicio será imprescindible deshacer el nudo, desandar el camino que nos ha traído hasta la situación actual y contemplar el momento inicial en que se articula esta artefactofobia: la Grecia clásica, su concepto de naturaleza y, específicamente, la filosofía platónica. Solo así podremos entender cómo el prejuicio contra lo artificial llega hasta nuestros días, hasta un siglo XXI en el que una decisiva nueva transformación tecnológica está teniendo lugar. No obstante, desenterrar el prejuicio contra lo artificial supone remover *mucha tierra*, por lo que tenemos que estar dispuestos a mancharnos las manos y a que el suelo bajo nuestros pies vacile. Pero solo esta aproximación radical, esta inmersión en busca de la raíz, puede darnos la visión completa de nuestra exuberante planta tecnológica. Solo desde esta perspectiva cobran sentido los últimos brotes, las hojas y flores más recientes, lo más perceptible y superficial.

## Bienvenidos al «vergel de lo artificial»

Cuando Morfeo, en la mítica escena de *Matrix*, le muestra a Neo el devastado mundo que de hecho habitan, lo presenta con una frase que ha quedado para la memoria: «Bienvenido al desierto de lo real». Pien-

so que nuestro particular viaje debe empezar por reconocer, de manera diametralmente opuesta a la escena de *Matrix*, el «vergel de lo artificial» en el que vivimos. No somos completamente ajenos al papel de la tecnología en nuestro día a día, y la mayoría no tendría demasiado problema en aceptar que su vida depende, en no poca medida, de toda esa técnica que nos rodea. Sin embargo, creo que la familiaridad que desarrollamos con nuestro entramado tecnológico nos impide ser verdaderamente conscientes de hasta dónde llega esta artificialidad. De la misma manera que nuestro cerebro hace con nuestra nariz, hemos aprendido a dejar fuera de nuestro campo visual las innumerables técnicas y tecnologías que atraviesan y componen nuestra realidad. Por eso necesitamos explicitar y poner frente a nosotros la impresionante vegetación artificial que envuelve nuestras vidas.

Retomemos el ejemplo anterior, imaginando cualquier día de cualquier habitante de un país más o menos desarrollado. Piense en usted mismo. Se despierta en su cama y se dispone a levantarse para tomar café. Todavía no ha hecho nada, no ha dado un paso, y, sin embargo, un sinfín de técnicas ya están operando y dejándose notar. Vayamos poco a poco. ¿Qué es eso que llamamos «cama»? La cama es un complejo artefacto, compuesto, como poco, por una base y un colchón. La base, normalmente un somier, está compuesta de láminas de madera, flexibles pero resistentes, que se insertan en unas barras de aluminio formando un esquema geométrico adecuado para soportar y distribuir el peso de manera uniforme. El colchón está compuesto por varias capas que combinan diferentes materiales para proporcionar confort. El revestimiento superior, elaborado con tejidos de punto, es suave e hipoalergénico. Debajo están las capas de espuma viscoelástica y látex, que hacen que la cama sea más acolchada y moldeable, junto con otro estrato de espuma de gel para regular la temperatura. Por último, tendríamos capas de transición y soporte, con muelles ensacados y espuma de alta densidad, que aseguran un soporte estructural y reducen la transferencia de movimiento.

Sin salir todavía de la cama, dediquemos unos segundos más a comprender cómo este aparentemente humilde artefacto ha llegado a existir. Materiales como la madera o el aluminio fueron primero árboles y bauxita. Tras su extracción de bosques y minas estos materiales fueron procesados, todo con la intervención de innumerables máqui-

nas e instrumentos, como motosierras, excavadoras y camiones de transporte. Otros materiales, como las asombrosas capas del colchón, tuvieron que sintetizarse en laboratorios con su correspondiente instrumental. Finalmente, la propia elaboración del somier y del colchón implicó otro número de técnicas de fabricación y maquinaria diversa. Todas las tecnologías que colaboran en la construcción de la cama están, a su vez, basadas en otras máquinas o tecnologías (por ejemplo: la motosierra se compone de cadenas, de engranajes, de un motor eléctrico; la excavadora, por su parte, está compuesta por un sistema hidráulico, ruedas, motor de combustión). Pero interrumpamos esta regresión *ad infinitum*, ya que el encadenamiento de tecnologías no terminaría nunca.

Pensemos ahora, aunque sea también muy brevemente, en los presupuestos del contexto tecnológico que hacen posible esa realidad artefactual que es la cama. Una cama como la que hemos descrito solo puede elaborarse si anticipamos su inserción en una casa, esto es, un recinto protegido de los elementos que hace que toda esta inversión en construir una cama tenga sentido. A su vez, la cama y la casa solo pueden entenderse dentro de un entramado económico y jurídico —entramado que es también *tecnológico*— en el que todos los innumerables pasos industriales necesarios para construir la cama, y su posterior uso a lo largo de años, puedan resultar exitosos. Pero dejemos esta concepción de la economía y la ley como técnica en suspenso. Aun limitándonos a la técnica material, a la técnica como instrumental tangible, es claro que la cama solo puede tener sentido desde la anticipación de toda una serie de incontables supuestos tecnológicos.

Al tirar del hilo tecnológico del humilde artefacto que es la cama, se nos llenan rápidamente las manos con una maraña compuesta por todas las técnicas que posibilitan y soportan ese artefacto. Este ejercicio de explicitación técnica podría hacerse de igual manera con las sábanas, con el despertador, con el pijama, con el baño, con el agua corriente, con la taza y con el café. Ahorraré al lector un examen pormenorizado de la urdimbre tecnológica de cada uno de estos artefactos. Lo importante es comprender que, antes incluso de levantarnos de la cama, estamos ya sumergidos en una realidad plenamente artificial. El primer punto que quiero transmitir con fuerza es justamente este. Tendemos a pensar que vivimos en un mundo tecnológico porque, tras

nuestros plácidos sueños, tras lavarnos la cara, ir al baño y tomar café, consultamos nuestros *smartphones* y encendemos nuestras computadoras. Pero conviene que esta ilusión vaya disipándose. Mucho antes de entrar en contacto con esos dispositivos electrónicos, mucho antes de tener el móvil en nuestras manos y de empezar a teclear en nuestros ordenadores, ya estamos sumidos por completo en un mundo radicalmente tecnológico. La técnica soporta nuestra vida a cada paso, y cada segundo de nuestra existencia estamos completamente envueltos por lo artificial. Como veremos, incluso antes de la cama, de la casa, o de ningún otro instrumento material, lo artificial forma ya parte de nosotros mismos, de aquello que ingenuamente llamamos nuestra «naturaleza». Pero para comprender esto último todavía debemos recorrer un largo camino. El primer paso: empezar a recelar de ese otro concepto, antitético de lo artificial, que conocemos como lo *natural*.

## Yogures naturales y diamantes artificiales

Si el concepto de lo artificial ha adquirido una connotación indudablemente peyorativa, llegando a identificarse con lo falso y engañoso, lo natural ha corrido una suerte completamente inversa. Lo natural es, en pocas palabras, lo *bueno*. Lo natural es lo originario y auténtico. Lo natural es armonioso con el medio ambiente y completamente saludable. Lo natural es simple, no requiere procesamiento ni elaboración, porque lo natural es puro. Lo natural es bueno, intrínsecamente bueno. La vía negativa resulta, si cabe, más esclarecedora. Lo que no es natural, lo que va contra la naturaleza, es digno de toda sospecha y descalificación. Lo *antinatural* o *contranatura* es, por definición, algo malo; y no solo malo, sino perverso y maligno. Si recordamos, solo por un momento, el interminable entramado artificial que soporta nuestras vidas, esta asimetría de valoraciones puede ya parecernos risible. Pero sigamos atendiendo a la persistente glorificación de lo natural, pues una breve relación de los ejemplos de nuestra predisposición positiva hacia lo natural refuerza este argumento y revela hasta qué punto estamos instalados en el prejuicio contra lo artificial.

Lo natural vende. Muchas empresas incluyen la palabra «natural» en su nombre, *Naturgy*, *Natura*, *Nature Valley*, *Nature's Way*, *Natural*

*Beauty*. La lista podría ser mucho más larga, sobre todo si tomamos en consideración empresas u organizaciones cuyo nombre no incluye literalmente, pero sí alude, a lo natural, como *Greenpeace*, *New Balance* o *Apple*. La revista científica más prestigiosa del mundo es *Nature*. Muchas empresas utilizan las referencias a lo natural en sus eslóganes y en su publicidad, cuando hablan de su «visión», de sus «valores» o de su «misión». Parece claro que asociar tus productos con lo natural es una apuesta segura. La veneración de lo natural, en todo caso, va mucho más allá del ámbito empresarial. Hablamos continuamente de productos naturales, alimentación natural, cosmética natural, terapias naturales, medicina natural, turismo natural, así como de otras muchas bondades derivadas del contacto con la naturaleza. Es difícil encontrar nada en el mundo que suscite una valoración tan abrumadoramente positiva como lo natural. Conseguir la etiqueta de «natural» es una garantía de éxito, de ahí que las personas se hayan empeñado en calificar de naturales a mil y una cosas distintas.

Mi ejemplo favorito es el del yogur natural. Cada vez que paso por un supermercado —esos *paraísos artificiales* de abundancia— pienso en lo paradójico que resulta ese epíteto de «natural» para el yogur. No se trata, únicamente, de que el yogur, como la mayoría de los alimentos que llegan a las mesas de los países desarrollados, necesiten ser envasados y transportados; tampoco que ese transporte sería imposible sin las neveras que mantienen los alimentos fríos durante todo ese tiempo. La artificialidad del yogur no reside exclusivamente en que sea un alimento procesado, un alimento que necesite pasar por un proceso de fermentación. Lo artificial del yogur ni siquiera acaba en la peculiaridad tecnológica de la extracción de la leche, generalmente llevada a cabo por máquinas que succionan las ubres de vacas y otros animales en granjas industriales. Todavía hay otro nivel de artificialidad. Pues, si lo pensamos bien, la propia existencia de las vacas actuales constituye un hito artificial: un animal como la vaca lechera solo pudo llegar a existir como resultado de un largo proceso de selección artificial dirigido por la mano humana.

Sin embargo, a pesar de todo esto, seguimos hablando de «yogures naturales». ¿Por qué? ¿Qué podría justificar que sigamos denominando como «naturales» ciertos yogures? Quizás se le ocurra una posible respuesta: llamamos naturales a algunos yogures porque nos parecen *me-*